

SUJETO Y POESÍA. EL SEGUNDO NACIMIENTO DE NERUDA

Eduardo Carrasco Pirard
Universidad de Chile

RF

PRIMER VIAJE

No sé cuando llegamos a Temuco.
Fue impreciso nacer y fue tardío
nacer de veras, lento,
y palpar, conocer, odiar, amar,
todo esto tiene flor y tiene espinas.
Del lecho polvoriento de mi patria
me llevaron sin habla
hasta la lluvia de la Araucanía.
Las tablas de la casa
olían a bosque,
a selva pura.
Desde entonces mi amor
fue maderero
y lo que toco se transforma en bosque.
Se me confunden
los ojos y las hojas,
ciertas mujeres con la primavera
del avellano, el hombre con el árbol,
amo el mundo del viento y del follaje,
no distingo entre labios y raíces.

Del hacha y de la lluvia fue creciendo
la ciudad maderera
recién cortada como
nueva estrella con gotas de resina,
y el serrucho y la sierra
se amaban noche y día
cantando,
trabajando,
y ese sonido agudo de cigarra
levantando un lamento
en la obstinada soledad, regresa
al propio canto mío:
mi corazón sigue cortando el bosque,
cantando con las sierras en la lluvia,
moliendo frío y aserrín y aroma.

(Memorial de Isla Negra, I,
Donde nace la lluvia)

I

Lo que podríamos denominar "segundo nacimiento" de Neruda, se describe en el poema "Primer viaje", que ocupa el segundo lugar en el libro "Memorial de Isla Negra". Este "segundo nacimiento", puede entenderse a partir de lo que comúnmente se denomina, el "venir a la conciencia", o el "alcanzar el uso de razón", lo cual, en la descripción del poeta, sucede con posterioridad al traslado de la familia, desde Parral hasta Temuco, y tiene directamente que ver con el aprendizaje del "habla". ("Del lecho polvoriento de mi patria me llevaron sin habla hasta la lluvia de la Araucanía"). Sabemos que este traslado se produjo en 1906, el mismo año en que el padre del poeta, don José del Carmen Reyes, contrajo nupcias con Trinidad Candía Malverde, posteriormente bautizada por Neruda con el feliz nombre de "mamadre"

Como introducción a su lectura, brevemente diremos que la concepción más común del yo, proveniente de la filosofía cartesiana, transformada ya en "sentido común", intenta darle a esa entidad, una autonomía y un carácter substancial, acorde con las doctrinas que identifican el alma con la esencia humana. La conciencia es entendida como autoconocimiento, como posición indudable de sí, de un sujeto puro, cuya absolutez lo transforma en punto de partida de todo conocimiento posterior. La conciencia es el "sentido interno", el centro de las actividades psíquicas, pero a la vez el sujeto de toda acción y de todo valor. Frente a ella, y como su correlato, se alza el objeto, como una substancia independiente (la "res extensa"), y a la cual, el yo, accede a través de diferentes formas de tránsito cognoscitivo. El conocimiento mismo, esquemáticamente considerado, no es más que la apropiación por parte de la substancia sujeto, de la cosa o substancia objeto. El dualismo de esencia de sujeto y objeto es interpretado de diferentes maneras según las diferentes tendencias, pero lo básico es que, en todas ellas, conciencia y objeto son entidades diferentes, y en algunos casos, hasta absolutamente opuestas.

Esta concepción de sentido común ha sido refutada por diversas filosofías de nuestra época, que han buscado dar cuenta de la realidad de nosotros mismos, tal como se da a una descripción sin prejuicios metafísicos. El resultado de estas indagaciones ha permitido avanzar hacia una nueva concepción del ser humano, en la cual se intenta superar el substancialismo, al mismo tiempo que el carácter abstracto, propios de la filosofía anterior.

Sin entrar en las explicaciones de detalle y en la determinación precisa de las diferencias entre los distintos pensadores, podemos afirmar que en general, las nuevas orientaciones de la filosofía tienden a definir al hombre como un ser abierto, no reductible a un puro yo, y no definible como esencia, sino a partir de su existencia.

Esta modalidad de pensamiento tiene sus raíces en la filosofía de Franz Brentano, quien rehabilitó la significación escolástica de la "intención", el tender hacia algo (aliquid tendere), concepto utilizado por Santo Tomás para dar cuenta de la necesidad que tiene el entendimiento, en el acto de conocimiento, de estar dirigido hacia un objeto. Esta idea había prácticamente desaparecido durante la modernidad, pero Brentano la recuperó, fundando su psicología sobre esta base, y afirmando que todo fenómeno psíquico posee una "intencionalidad", es decir, una dirección hacia un objeto inmanente. La misma idea fue retomada más tarde por Husserl, quien mostró que el propio cogito cartesiano es intencional, vale decir, que en él, a todo "cogitum", pertenece un "cogitatum". Con esta idea, la conciencia comenzó a perder su carácter de realidad cerrada sobre sí misma, para dar paso a una concepción abierta, en la cual ella aparece referida a lo que no es ella misma, referente otro, que en su propia definición, es tan esencial como su reflexividad anterior.

A partir de estos avances, diferentes pensadores retomaron este mismo concepto, extrayendo decisivas conclusiones que revolucionaron completamente la comprensión tradicional de la esencia del hombre. La conocida frase de Ortega "yo soy yo y mi circunstancia"*, y su afirmación de la categoría de "vida" para comprender la realidad humana, buscan poner el acento en la imposibilidad de encontrar un contenido abstracto en la definición del sujeto, para establecer su realidad como una entidad compleja, constituida en último término, tanto por el yo, como por la circunstancia en la que éste vive.**

Más radical todavía, en su intento de superar todo substancialismo en la determinación de la esencia del hombre, pareciera ser la concepción de Heidegger. Esta se aleja tan profundamente del cartesianismo que podríamos considerar su pensamiento como la apertura de un espacio nuevo, en el que las limitaciones de la subjetividad aparecen superadas.

Su analítica ontológica del Ser-ahí busca mostrar la esencia de lo humano, eludiendo sentar sus bases en la conciencia, y por consiguiente, intentando superar el dualismo que ello conlleva. El ser-ahí —que ya no se llama "hombre", precisamente para mostrar el alejamiento de su pensamiento con respecto a las concepciones filosóficas tradicionales— debe concebirse a partir de su existencia. Se trata de mostrar, que

* "Yo no soy más que un ingrediente de mi vida: el otro es la circunstancia o mundo". (Ortega y Gasset, *Unas lecciones de Metafísica*, Lección V, *Revista de Occidente* en Alianza Editorial, Madrid, 1981, 1986).

** "No hay vivir, si no es en un orbe lleno de otras cosas, sean objetos o criaturas, es ver cosas y escenas, amarlas u odiarlas, desearlas o temerlas. Todo vivir es ocuparse con lo otro que no es uno mismo, todo vivir es convivir, hallarse en medio de una circunstancia" (Op. Cit, Lección II). "Vivir es existir fuera de sí, estar fuera, arrojado de sí, consignado a lo otro" (Op. Cit. Lección IV).

no existe definición posible del ser humano que pueda conducir a su esencia, si no es la propiedad de este ente, de tener que habérselas él mismo con su ser, de estar obligado a "ser", aquello que ha de ser, sin ser nada antes de serlo*. No hay, entonces, ninguna substancialidad posible, puesto que la única esencialidad está dada por el existir, y no por notas abstractas que pudieran fundar algo así como la "cosa hombre".

Aunque no podamos pensar que el poema recién citado, presuponga una concepción teórica antisubstantialista, acorde con las nuevas tendencias de la filosofía contemporánea, no cabe duda de que el pensamiento poético de Neruda es perfectamente coherente con estas ideas. En un poema posterior, "El niño perdido", del mismo libro, aparece claramente expresado esto. En este poema, el poeta intenta responder a la pregunta:

"¿Quién fuí? ¿Qué fuí? ¿Qué éramos?"

Y su respuesta es categórica:

"No hay respuesta. Pasamos."

Vale decir, no hay identidad posible que se pueda encerrar en uno de los momentos de nuestro constante devenir. En todo aquello que ha ido quedando detrás de nosotros, como ser nuestro, no encontraremos nada, que en definitiva constituya un ser fijo. Por eso el poeta, más adelante dice: "...No fuimos. Eramos".

La sutil diferencia entre el pretérito imperfecto, "era" y el pretérito indefinido, "fui", indica hacia esta transformación que no encuentra nunca descanso. El "fui", es el pasado cerrado, inmovible, el "era", es el pasado en su proceso, en su movimiento, el "estar siendo" en el pasado, "estar siendo" que es, al mismo tiempo, un dejar de ser. En este "pasar" que somos, la unidad de ser y no ser no se detiene jamás, no deja ningún residuo, que no sea de nuevo contradicción entre ambos términos. "Todo se fue mudando hoja por hoja en el árbol..." Es la razón por la cual, más adelante, él se declara a sí mismo:

"La falsa identidad siguió tus pasos"
Día tras Día las horas se amarraron,
pero tú ya no fuiste, vino el otro,
el otro tú..."

* El "qué es" (essentia) de este ente, hasta donde puede hablarse de él, tiene que concebirse partiendo de su ser (existentia). (Martín Heidegger, Ser y Tiempo, Primera Parte, Primera Sección, Capítulo I, Parágrafo 9).

Sólo es posible constatar muchos "yoes" diferentes, muchas identidades que se superponen y que se pertenecen, rechazándose. Por eso, para expresar esta extraña multiplicidad, esta dispersión de identidades, debemos hablar de "nosotros", en plural, como si fuéramos muchos:

era yo que crecía
eras tú que crecías,
era todo
y cambiamos..."

El poema concluye con la afirmación extrema de la imposibilidad de establecer una unidad constante que pudiese dar cuenta de un ser definitivamente cerrado. La distancia entre el que fuimos y el que somos, jamás puede ser atravesada. Entre el que éramos y el que somos hay un juego de espejos que impide a cada uno reconocerse en el otro:

"...y nunca más supimos quiénes éramos,
y a veces recordamos
al que vivió en nosotros
y le pedimos algo, tal vez que nos recuerde,
que sepa por lo menos que fuimos él,
que hablamos con su lengua,
pero desde las horas consumidas
aquél nos mira y no se reconoce".

A pesar de esta declarada imposibilidad de encontrar en nosotros una constante, un ser que pudiese explicarnos lo que somos y hemos sido siempre, en el poema "El primer viaje", se nos descubrirá el modo como en la vida del poeta aparece la apropiación de un modo del sí mismo, que precisamente por no ser nada substancial, por remitir al mundo abierto y no a la pura conciencia, permite una nueva manera de asunción de sí por medio de la cual, Neruda va a terminar reconociéndose a sí mismo. Esta nueva manera, tendrá que guardar lo definitivo sin restarle libertad y movimiento al devenir que somos. La identidad no tiene su fundamento en otra cosa que lo que vamos siendo. Por eso, sólo es posible buscarla allí donde la memoria es capaz de recuperar lo sido como definitivo. Junto a estas afirmaciones, en el mismo poema, se presentarán también los factores determinantes de este comienzo, lo que nos permitirá ahondar más lo que ya sabemos acerca del nacimiento, o del comienzo de nuestro ser sí mismo.

En primer lugar, debemos subrayar que dentro de la idea más común, se comprende aquí este segundo nacimiento, la venida a la conciencia, como el "verdadero":

"Fue impreciso nacer, y fue tardío
nacer de veras, lento".

Este "nacer de veras" es equivalente a "palpar, conocer, odiar, amar". Estamos pues, dentro de la determinación de las tres funciones que tradicionalmente se han comprendido como partes de la vida conciente: lo sensible (palpar), lo intelectual (conocer) y lo afectivo (odiar y amar).

Pero lo interesante aquí, es que una vez sentado esto, y entrando ya en lo que debiera ser una precisión definitiva con respecto de lo anterior, se nos describe en forma muy escueta el traslado geográfico desde Parral hasta "la lluvia de la Araucanía", para inmediatamente después, entregarnos una descripción muy detallada de lo que ha significado este cambio, en esto que hemos llamado, la venida a su ser más propio. Esta venida a la conciencia está marcada por la presencia del bosque, "de la selva pura". Como en el poema anterior, y como es habitual en su estilo poético, la idea esencial, en la que se sintetiza su pensamiento, irrumpe bruscamente:

"Las tablas de la casa
olían a bosque,
a selva pura.
Desde entonces mi amor
fue maderero
y lo que toco se transforma en bosque".

Como se ve, en este proceso no hay nada que tenga que ver con un eventual surgimiento de una lucidez o autoconciencia, que viniera a constituir una substancia definitiva. No hay conciencia en el sentido de un yo puro, un alma cuya naturaleza fuese idéntica en cada uno de nosotros. El descubrimiento de sí, coincide con el descubrimiento de un no yo, de un mundo al que se pertenece, de un ámbito de referencias que me determinan (el olor a bosque de las tablas de la casa). Me descubro como yo mismo soy, como el individuo concreto y determinado, que vive ya de una cierta manera, que tiene un determinado lenguaje, que pertenece a una historia, cuya vida está ya indisolublemente unida a un ámbito natural, en este caso, "la selva pura".

Por eso, este segundo nacimiento aparece más bien, como origen de una modalidad de ser, calificada aquí de "maderera", y que consiste en llevar el bosque dentro de sí, como un sentido presente en todas las acciones y sentimientos, y cuyas características tendremos que aclarar. Pero antes, intentemos mostrar cuáles podrían ser los presupuestos filosóficos que harían posible una tal caracterización.

Ya hemos visto que para Neruda, el vínculo con el lugar, "pago", no es un hecho baladí*. Por el contrario, el contenido o el sentido de la vida concreta de cada cual, está dado por el modo de la relación con este ámbito preciso del que uno proviene. En términos de conciencia, esto quiere decir que ésta no es vista aquí como autoconciencia abstracta, que de cuenta de la generalidad desde donde se determina que todo hombre es hombre, sino como conciencia con contenido. Esto es, como conciencia que es al mismo tiempo, su contenido. El yo, no aparece como una substancia pura que fundase la igualdad abstracta de todos los seres humanos, sino precisamente como lo contrario, como un yo concreto, cuyas propiedades marcan la diferencia que cada cual tiene con los otros. El yo presupone el mundo con el que él va, ambos son indisolubles.

Por consiguiente, puedo decir que aquello que me une a los demás, es precisamente lo que me separa de ellos, el hecho de ser yo, como cada uno de los demás hombres, un individuo, un ser determinado, un ser concreto. Pero lo que está aquí dicho, es que en el tránsito hacia esta determinación, el primer mundo, el primer ámbito concreto por el que entramos en el proceso, se constituye en nuestro origen, pasando a identificarse con nosotros mismo. Así, en este caso, el bosque viene a ser constitutivo de lo que el poeta es en su ser más definitivo, y no meramente un entorno paisajístico, un telón de fondo que acompañaría sus primeras experiencias.

Pero adentrémonos un poco más en este asunto, con el objeto de mostrar lo que podrían ser las bases ontológicas que este tipo de concepción presupone. Si tomamos en cuenta el desarrollo que ha tenido este problema de la apropiación de sí, en el curso de la historia de la filosofía, se podría, quizás, hablar aquí de un precógito, anterior al cogito cartesiano, pero también anterior al cogito precartesiano de Sartre. Para Descartes, en efecto, el cogito es la forma a través de la cual yo accedo a la substancialidad de mi mismo, la cual no es otra que la apropiación de mi mismo por mi mismo, el modo como yo me aprehendo en forma absoluta, como una existencia que no puede dudar de sí misma**. Esto da como resultado la afirmación de esta reflexividad como

* Eduardo Carrasco, "Neruda, hijo de la tierra, hijo de la muerte", Revista de Filosofía, Universidad de Chile, vol. XLI-XLII, 1973, Santiago, Chile.

** "Yo conocí a partir de ello (el cógito) que yo era una substancia, cuya toda esencia o naturaleza, no es otra que pensar, y que para ser, no tiene necesidad de ningún lugar, ni depende de ninguna cosa material" René Descartes, Discurso del Método, Cuarta Parte.

mi ser propio, la "cosa pensante", substancia en la cual Descartes ha intentado fundar toda su filosofía.

Sartre, por su parte, intentó ahondar en este problema, buscando precisar fenomenológicamente, en qué podría consistir esta identidad de sí. En su intento de superar todo primado del conocimiento en la determinación de ser de la conciencia, llegó a rechazar de éste, toda reflexividad cognoscitiva, para quedarse con la pura lucidez de sí, anterior a toda duplicidad, en la cual quiso fundar una filosofía de la subjetividad absoluta. En lugar del *cógito* cartesiano, puso el acento en un *cógito* que él quiso denominar "precartesiano", por considerarlo condición de posibilidad del anterior, identidad de sí, en la cual yo no soy objeto para mí mismo, conciencia de sí no posicional, conciencia (no tética) de sí, en la que la absolutez de mí mismo aparece concebida en términos existenciales y no cognoscitivos**

Pero si bien, esta interpretación es fenomenológicamente más cercana al modo en que se nos manifiesta nuestro ser, y se supera en ella, en un cierto grado, el substancialismo cartesiano, por otra parte obliga a encerrar al hombre en su propia subjetividad, de la cual, por más que se intente salir a través de la afirmación del carácter intencional de la conciencia, no se lo logra. Una vez que se afirma la absolutez del sujeto, todo intento de darle a lo otro que el sujeto, una consistencia autónoma, está condenado al fracaso. Y lo mismo ocurre cuando, por un propósito realista, se busca afirmar la preponderancia del objeto. Y es que no se podrá jamás recomponer un fenómeno unitario, si se parte de la afirmación de la absolutez de uno de sus elementos. Por eso la filosofía de Sartre, aunque intente superar las limitaciones del cartesianismo, en el fondo terminará siendo una rehabilitación contemporánea de él. En ella, el dualismo cartesiano de la cosa extensa y la cosa pensante se reproducirá como dualismo entre el "en sí" y el "para sí".

Pero ninguna de estas filosofías coincide con lo que estamos tratando de expresar. Ambas aparecen como determinaciones de lo que podríamos denominar, la subjetividad abstracta, es decir, como descripciones de la conciencia, no tal como ella existe, sino tal como ella es pensada. En efecto, cuando nosotros decimos "yo", nunca entendemos por ello la afirmación de esta abstracción que sería el *cógito*, o el sujeto no posicional de Sartre. Si bien Sartre ha avanzado en el sentido de determinar más exactamente el carácter no cognoscitivo (saber que se sabe) de la conciencia, su fenomenología no logra dar una visión del yo, tal como este se manifiesta en la con-

** "Así, renunciando al primado del conocimiento, hemos descubierto el ser del cognoscente y vuelto a encontrar el absoluto, ese mismo absoluto que los racionalistas del siglo XVII habían definido y constituido lógicamente como un objeto del conocimiento". (Jean Paul Sartre, *L'Être et le Néant*, Editions Gallimard, 1943, París).

creción de lo que somos. Yo no soy nunca un ser abstracto. Yo soy siempre yo, es decir, yo mismo, no la pura conciencia no tética (de) si que me revela el cógito precartesiano de Sartre. Y esta determinación de mi mismo, jamás puede describirse sin echar mano a las determinaciones de mi vida y de mi mundo. Así, el que dice "yo", siempre es un yo determinado, siempre es un ser concreto, con una historia, una lengua, con una cultura, con una biografía, con unos posibles e imposibles concretos. Yo, es siempre "moi", "me", "Ich", "yo" u otro, siempre un ser ubicado en un mundo de sentidos determinados, de significaciones que son las tuyas, pero que a la vez, no son pura proyección de una subjetividad que mira un "exterior" desde su punto de vista. "Yo", siempre es unidad, síntesis, jamás sujeto independiente de sus determinaciones. Es esta forma concreta de concebir el sí mismo, el yo, o la conciencia, la que está comprometida en la poesía de Pablo Neruda. A partir de lo dicho, volvamos entonces, al análisis del poema que nos ocupa.

3

Lo que primero aparece en la determinación del sujeto que habla, es el bosque, que en el decir del poema, se une de manera tan indisoluble con el yo, que, para expresar esta unidad, éste debe decir que "desde entonces, su amor fue maderero y lo que toca se convierte en bosque". Esta unidad, además, se muestra en todo lo que antes se ha enumerado "como función de la conciencia": la sensibilidad, ("lo que toco se convierte en bosque"), lo intelectual ("se me confunden los ojos y las hojas, ciertas mujeres con la primavera del avellano, el hombre con el árbol"), y lo afectivo ("amo al mundo del viento y del follaje"). Vale decir, que estamos frente a una transformación, a través de la cual el ser del hablante consiste en su medio, en su mundo. Y esta transfiguración de la conciencia es, al mismo tiempo, su origen. Porque no hay conciencia antes de esta unidad, en la cual el yo aparece fundido con un mundo determinado.

El aparecer mismo de la conciencia implica que no haya un yo separado de su objeto, el ejercicio de la conciencia consiste en la unidad de sujeto y objeto, del sí mismo y de su circunstancia. El yo presupone el mundo con el que él va, ambos son indisolubles, y es sólo en su síntesis que puede comprenderse su existencia concreta. Y el surgimiento de la conciencia significa un pacto, una síntesis primaria entre ella y ese mundo, que quedarán para siempre en ella como su primera determinación. El origen de la conciencia no es un inicio que se abandone o quede para siempre detrás nuestro, sino al revés, como origen que es, es un lazo indisoluble que jamás deja de hacer valer su poder sobre nosotros. Lo que fuimos en ese instante inaugural, sella lo que seguiremos siendo siempre, será su fuerza determinante, el único factor de

verdadera identidad. Esta identidad, que ya sabemos, no es substancial, está dada por la primera síntesis con un mundo, por la primera identificación con un no yo. Por eso ella en sí misma, encierra esa contradicción que le impide ser algo vuelto hacia sí, una mónada, una cosa impenetrable. Ella es pura exterioridad, pura unidad con todo aquello a lo que ella misma pertenece, síntesis con lo que se abre en ella, con lo que se muestra en ella, con lo que se manifiesta a través de ella.

En este caso, el yo es "maderero", sus sensaciones están invisiblemente hechas del bosque y de selva. Cuando miro, en todo veo el bosque, o en todo veo desde el bosque, que a mi manera soy yo mismo, en todo veo en la lengua del bosque, no distingo en mí, lo que pudiera ser yo mismo, de aquello que manifiestamente se presenta como un "no yo" que me pertenece. Y porque soy del bosque, no distingo tampoco fuera de mí, lo boscoso, de lo no boscoso. "No distingo entre labios y raíces".

La conciencia aparece así, determinada en su esencia, por lo que ha vivido y por el "donde" en que ha surgido, pues esta circunstancia primera es la que pasa a constituir el contenido de su "sí mismo". La conciencia es unidad del presente y la memoria, síntesis en la cual el individuo reúne su vida con su mundo. La memoria, como ya lo hemos dicho, no es la reconstitución de un pasado perdido, de algo que, mientras no vuelva a la conciencia, no tiene ya ningún tipo de realidad, no forma parte de ningún ser concreto. La memoria es, por el contrario, el poder de supervivencia de ese mismo pasado, su modo de constante presencia. A través de la memoria vuelve a nosotros lo que nosotros somos, y por eso la memoria es la presencia en nosotros de nuestro propio ser, la materia significativa de nuestra conciencia, el modo como seguimos siendo lo que fuimos. El pasado actuante marca todo presente con su huella y lo hace pertenecer a una visión determinada, que es la mía. El poeta arrastra entonces consigo, un mundo que ha quedado fijo, y que es lo que lo determina como poeta de ese preciso mundo. Y por eso, el segundo nacimiento, no es otra cosa que el comienzo de la memoria, el inicio de su poder de síntesis, que está a la base de toda la conciencia. En este sentido, en la medida en que no hay sujeto anterior a su circunstancia, la memoria es la esencia de la conciencia, la "materia" de la cual ella está hecha, su forma concreta de existir, la raíz de la individualidad de todo ser humano.

Con lo cual se hace plenamente coherente la afirmación según la cual no existe una identidad anterior a mi existencia, ni tampoco existe una identidad como constancia de mi mismo. Mi única identidad está paradójicamente dada por lo que yo ya no soy más, por lo que se ha definido como mi mismo en lo que fui. Pero esto a la vez, yo lo soy enteramente, precisamente en el modo del "fui". Yo soy lo que es definitivo en mí, pero también puedo decir que esto mismo, yo ya no lo soy, porque he dejado de serlo. Yo soy el que se está haciendo, el que está naciendo de nuevo, el que ya no es su pasado. Y al mismo tiempo, yo soy esa contradicción, de ser y no ser, que es ser en devenir. No soy un puro devenir vacío, ni un puro ser definitivo, soy ambas cosas a la

vez, sin que pueda dejar de ser ninguna de ellas. Mi ser no se resuelve nunca, ni por el ser ni por el no ser, se queda constantemente en la tensión entre ambos. Pero mi ser en devenir no puede entregarme ningún sentido, porque no es nada todavía, y sólo del ser viene el sentido. Por eso, sólo en mi ser pasado, yo puedo leer las significaciones del mundo y de mi mismo.

De este modo se nos aclara más lo que se ha dicho en la primera parte de este artículo, cuando se afirmaba que el poeta era el lector o el "catador" de su ser. La memoria aparece como el instrumento privilegiado de la poesía, en cuanto ella es el modo como se manifiestan en la conciencia, las cualidades y las esencias de todas las cosas. Ella es la presencia de lo que yo soy, en el modo de ser mi propio mundo, y presencia de las cosas, en la medida en que es a través de mi mismo, que ellas llegan a tener significaciones determinadas para configurar un mundo.

En este sentido anotado, lo que hemos comprendido como unidad de sujeto y objeto, viene a ser precisamente el elemento constitutivo de la conciencia, unidad de la cual la poesía es un testimonio privilegiado. No hay una conciencia abstracta que se cargue posteriormente de contenido, no hay un sujeto que no sea él mismo, sus propios objetos, o si se quiere, su propio mundo. Y a partir de esa unidad se nace. El segundo nacimiento es, de este modo, el primer testimonio de la unidad con un mundo, nacer es unirse a un mundo, ser su propio mundo. Venir al mundo tiene el significado preciso de venir a afincarse en un mundo determinado y, a partir de ese momento, ser un ser determinado.

Esta manera de concebir la conciencia tiene importantes consecuencias en la determinación de la esencia de la poesía, pues el poeta, en cuanto testimonio de la síntesis aparece como perteneciendo siempre a una patria, a una tierra, a un "donde" preciso. No se es poeta de manera abstracta, se es poeta de un "donde" determinado, que es el que sostiene la concreción, a través de la cual, veo en mi ser. Mi ser, son los sentidos que puedo descifrar en él, son las significaciones desde las cuales me comprendo y comprendo a mi mundo como mío, es decir, como aquello desde lo cual, yo soy lo que soy.

En el primer nacimiento habíamos establecido la relación de necesidad entre la simbología del nacimiento y el "donde". Ahora se nos aclara por qué esto es tan

* Este carácter de su poesía hace de Neruda el poeta de Chile, en un sentido en que nadie lo ha sido antes que él y probablemente nadie podrá serlo después. Ser el primer poeta de la patria significa desbrozar el terreno de toda ulterior fundación. Al respecto, él mismo dice lo siguiente: "El poeta no puede ser

determinante, y por qué la palabra poética es un hablar desde el mundo y, por eso mismo, un hablar de ese mundo. Y es que la poesía es un mundo haciéndose palabra, la poesía es de la patria en el sentido fundante, pues el poeta, en su hablar, lo que dice es precisamente su síntesis con su propio mundo. La poesía insta una patria, es de una patria, porque es la patria misma manifestándose en el lenguaje*. Pero a la vez, es el hablar de un individuo, porque estos mismos elementos que determinan su pertenencia a un mundo, son los que lo constituyen como ser individual.

En este caso, el mundo está determinado por el carácter "maderero" de la ciudad en donde el poeta se abre a la conciencia. Y observemos que en esto, nuevamente aparece establecida la relación con lo terrenal como determinante. Aunque en este caso es mucho más claro el vínculo entre lo humano, la ciudad de los leñadores y lo terrenal, representado aquí por la selva. La ciudad va creciendo en medio de la selva y es el testimonio de esta unidad, figurada en el "sonido agudo de cigarra" que hacen las sierras, lo que "regresa" al canto del poeta. Este "regreso" no es otra cosa que el rescate de la memoria a que hemos ya aludido. El canto del poeta lleva consigo esta unidad porque el ser más íntimo del poeta es indisoluble de este paisaje, de esta ciudad, de estos sonidos, que forman parte del origen de su conciencia.

Pero lo interesante es que nuevamente aparece aquí subrayada la síntesis y la diferencia, en el modo propio en que se ha señalado que lo humano es contradicción que emerge desde el seno de la tierra. Esto se pone de manifiesto cuando escuchamos que el sonido del trabajo de las sierras "levanta un lamento en la obstinada soledad". Esta "obstinada soledad" no es otra que la de la tierra misma, la de la selva hostil al hombre, que, a pesar del trabajo del corte de los árboles, mantiene una presencia lejana, fondo último desde el cual se presenta todo lo demás. La tierra afirma su esencia independiente, continúa su existencia indiferente a los intentos humanos de penetrarla y dominarla. La soledad es la del bosque sin el hombre, el ámbito puramente terrenal en que se manifiestan los poderes superiores al dominio. La técnica y la colonización de estos territorios salvajes, no logra implantar el dominio humano definitivo. La selva sigue huyendo hacia su esencia inhumana, de la cual el poeta debe dar cuenta. La poesía de Neruda es una manifestación de este obstinado poder terrenal que constantemente se escurre hacia su propio reducto indominable, territorio deshabitado, cuyo abandono, ninguna presencia humana logra disolver. Se podría decir que el poeta está entre los dos mundos, el mundo selvático y el mundo humano, haciendo

desarraigado, sino por la fuerza. Aún en estas circunstancias sus raíces deben cruzar el fondo del mar, sus semillas seguir el vuelo del viento, para encarnarse, una vez más, en su tierra. Debe ser deliberadamente nacional, reflexivamente nacional, maduramente patrio". (Pablo Neruda, "Para nacer he nacido, Seix Barral, Barcelona, 1978).

la síntesis de ambos, buscando la forma en que ambos se reúnen, y dando cuenta de su unidad. Por eso el ser selvático de Neruda ("maderero") da testimonio del trabajo de los hombres, pero sin descuidar decir que este trabajo se realiza en un ámbito irrebাসable, el ámbito de la "obstinada soledad" del bosque.

Es esa unidad, la que forma el contenido original de la conciencia del poeta, y transforma su poesía en un constante testimonio de la fuerza metafísica que se encuentra en el inicio de su vida:

"mi corazón sigue cortando el bosque,
cantando con las sierras en la lluvia,
moliendo frío y aserrín y aroma..."

Vemos así, que los dos nacimientos a que hemos aludido se reenvían el uno al otro y en definitiva son lo mismo. El nacimiento "físico", que vale como signo anunciador de su vida futura, remite simbólicamente hacia lo cíclico de la tierra, que es la experiencia de la tierra más allá de lo humano, en la cual esto último está contenido. El nacimiento de la conciencia indica hacia la síntesis de sujeto y mundo, que es su origen, y cuyo ámbito más lejano está de nuevo definido por la tierra. Más allá de la pequeña ciudad maderera, continúa la tierra su obstinado silencio, que es en definitiva, el silencio que enmarca toda vida. La presencia constante y determinante de ese más allá, es lo que define la poesía de Neruda como una poesía meta-física, en la cual siempre está hablando esa ausencia o esa negatividad última, desde la cual, todo proviene. Lo extraordinario en este caso, es la profundidad de pensamiento que implica esta forma de poesía y en particular la conciencia que posee Neruda, de que es precisamente esta síntesis original, la que se encuentra en el origen de su vida como poeta y como hombre.

Pero más acá de ese fondo metafísico, está el primer mundo del poeta, su primera forma de determinación como individuo, el sur de Chile, desde el cual comenzarán a manifestarse los primeros rasgos esenciales de la patria. Es bajo esa concreta forma de aparición de su Araucanía natal, que Neruda comenzará a escuchar la voz oscura y siempre presente de la tierra. "De aquellas tierras, de aquel barro, de aquel silencio, he salido yo a andar, a cantar por el mundo". (Confieso que he vivido, "El bosque chileno", Seix Barral, Barcelona, 1974). Es en esa concreción donde paradójicamente se gestará también la universalidad de su poesía.